

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 160

Exhortación del diputado de la provincia de Valladolid

Exhortación que dirige a los habitantes de la provincia de Valladolid su diputado

Después que habréis sabido el clamor de los diputados de este reino por la tranquilidad y la paz, se os presenta hoy en particular, católicos y juiciosos habitantes de esa provincia, vuestro diputado; sí, se os presenta, y no os da otros títulos estimables y merecidos, porque juzga que vuestra religiosidad, y vuestra ilustrada razón deben ser los apoyos de cuando os diga.

Tendréis desde luego que ejercitar vuestra paciencia en la ninguna palidez de su estilo; pero conoceréis en eso mismo, que hace para comenzar a llenar la confianza con que lo habéis honrado cuanto permiten sus pequeños tamaños, y que no quieren hacer injuria a la justicia de lo que promueve, con pretender que la elocuencia, y no la razón se lleve el triunfo. La fuerza de la verdad debe ser sola la triunfadora.

Se abstendría de molestarnos, si vuestra bondad no le hiciera justamente confiar que lo oiréis con benevolencia, y si la importancia del objeto no lo estrechara a hablar. Usara de otro estilo, si no juzgara que no debe olvidar, que, aunque indigno, es un sacerdote de Jesucristo. Callaría, si no creyera que su voz debe emplearla para el bien de esa provincia, y hacer lo que sea posible para precaverla del fuego que ve arder en algunas de las inmediatas. Abrió en ella los ojos a la luz, y recibió en ella su educación primera, y no vio en ella por beneficio del cielo hasta los días presentes, sino respeto a la religión, amor a la patria, y desvelo por el buen orden y por tanto no puede mirar con indiferencia el riesgo en que la considera, de que la pretendía invadir un espíritu perjudicial y contrario.

Puede asegurarnos, que la caridad de Jesucristo lo estrecha, que el amor le hiciera

estimable sufrir en su sola persona la persecución, sin ella, como decía San Pablo, hubiera de servir para conseguir el bien y la tranquilidad general. Le sucede lo que sucedía al mismo apóstol, que no puede contemplar afligido a alguno sin contristarse, perseguido sin angustiarse, amenazado sin desear libertarlo. Con todos y con cada uno se entristece y padece, porque a todos y a cada uno de los habitantes de la provincia los mira como a sus hermanos. Lo exige así el tener por madre una patria, que es la monarquía española, por superiores a un pontífice, a un rey, y por vicario a unas potestades; y sobre todo, por padre y cuanto puede imaginarse a un Dios, cuyo respeto pide sin resistencia esta hermandad, que no haya cisma y división que vulnere, y que todos tengamos un corazón por la conformidad debida de los juiciosos, y un alma por el consentimiento de los afectos.

La autoridad y soberanía de Dios lo pide, la razón lo persuade. Siendo Dios el supremo universal legislador, con poder y autoridad igual para imponer sus mandamientos, sólo en el del amor universal de los prójimos hace alto sobre su soberanía, para recomendarlo y pedir sin excusa su cumplimiento. No dice sencillamente Jesucristo amad, sino yo soy el que digo que vuestro amor debe extenderse aún a los enemigos, y ser efectivo por medio de la beneficencia para los que os aborrecieren. Éste es mi mandamiento, añade, que os améis, y la seña para que todos os conozcan por mis discípulos, es el amor mutuo. Éste debe acreditarse con obras, y no ligaros a las palabras, porque debe ser verdadero, y no fingido. Tal es el mandamiento del amor mutuo, tales las calidades que deben acompañarlo; y si cualquiera con la obra, o la palabra pretendiere enseñar lo contrario, sea quien fuere, merece al anatema que decía San Pablo.

Y ese modo tan soberano de mandar, ese apropiarse con especialidad el mandamiento, ese señalar las calidades del amor con tanta exactitud, que no deja lugar a las astucias del amor propio, ¿no es un empeñar Dios su autoridad suprema para hacer respetar

el mandamiento, y que tiemble cualquiera que con pretextos especiosos se atreviere a violarlo? Lo es sin duda, y el hombre debe llenarse de confusión de temor, si no respeta en Dios todopoderoso y justiciero, la misma voz, que casi lo deja sin arbitrio cuando sale de la boca de un poderoso del mundo, siempre débil, siempre miserable, aún cuando pretende la iniquidad. Conservad fortaleza, y acometed a Ammón cuando sea tiempo, porque debéis atender a que soy yo quien lo manda, dijo a sus partidarios Absalón rencoroso y fraticida, y esto bastó para que lo obedecieran, sin temer el poder de David; y el hombre por temor de otro hombre, o por otra pasión se atreverá a negar el respeto a Dios soberano, que le dice: yo, yo soy quien mando que tu amor sea general, que se extienda a tu enemigo de un modo positivo y real, y que el odio con que te mire no contenga, sino antes bien alargue tus manos a hacer el bien que puedas al que no te aborrece, te desprecie, o te injuria? Ni el respeto a tanta majestad, ni la innumerable multitud de bienes que nos franquea, aún cuando tenemos la desgracia de ser sus enemigos por nuestras culpas, superior a cuantas injurias se nos pueden hacer, ni la razón sufren tal desacato, y hay sobrado motivo para decirle al que quebranta por palabra, o por obra tan útil mandamiento, lo que por Isaías se le dijo a Sidon: Avergüénzate dice el mar porque si en medio de mis agitaciones y furores yo insensible contengo mis encrespadas olas para que no pasen el término, por respeto al orden de mi hacedor, que me dijo: hasta aquí llegarás; tú, dotado de razón no obedeces, y me imitas sólo en dejar que tu corazón sea agitado; pero no en hacer que por justa veneración a tu Dios y señor no aborrezca, persiga y cause males incalculables a tus semejantes.

Esto toma más fuerza, si se considera la diferencia que el hombre experimenta en sí cuando ama, y cuando no ama. Si no ama, huye de él la tranquilidad, y la paz; le acompaña en todas partes la agitación; sólo piensa en lo que no puede su razón; es un infeliz enemigo

de sí mismo, y perjudicial a los otros. Es un necio, que forma en su corazón el horno de Babilonia que lo abrasa; es un Saúl a quien de nada sirven abundancias del reino, porque todas no lo consuelan, aborreciendo a David. Al contrario si ama, vive tranquilo, nada teme, la sociedad lo alegra, y la rectitud de sus pensamientos y deseos lo hace amable, porque su caridad lo hace un David benéfico, que sólo busca las reliquias de la familia de su enemigo Saúl para beneficiarlas con generosidad de rey.

¿Y todo esto de donde nace? de que en el amor de caridad todo es noble, en su falta todo baja. En el amor todo es beneficencia, todo es dulzura, todo es desinterés; en su falta todo amargura, y siempre apego a los propio, aunque no se conozca. El amor evita la palabra que ofende, y la mira como fuego capaz de abrasar y consumir una familia, una población, y un estado, y mucho más las obras consumidoras de los estragos. La falta del amor dicta palabras, que forman Joabes y Abisais resueltos al homicidio, y obras semejantes a las de Amán injusto, que por vengar la ofensa imaginaria de un particular, había dispuesto de una nación entera. El amor hace al hombre muy parecido a su Dios, y podía hacer al mundo un remedio de la gloria, y su falta todo lo puede asemejar a un infierno.

Amados compatriotas, amor, amor entre todos; y si os estuviera hablando hasta el fin de los siglos, siempre os repetiría, a ejemplo de San Juan: Amémonos mutuamente; y os daría por razón la misma que daba el santo a sus discípulos. Es precepto de Dios, y con su observancia basta; quien ama por Dios a su hermano, ama a Dios, y evita sus ofensas, y no puede pensar en lo que dañe al mismo hermano, a quien quiere con desinterés, y por la razón.

Usemos de ésta sin preocupación, y nos dirá lo mismo. Mientras el hombre se conduce por la razón, pone límites a los deseos de su interés persona, y atento sólo al bien

general, evita cuanto puede serle contrario. La razón pone límites a la ambición, no deja entrar la envidia y celo, y ni se obra para abatimiento de prójimo, ni se cree ligeramente en él algún designio injusto, y cuando se sabe con certidumbre se procura el remedio por caminos racionales y ordenados. Éste es el orden que la razón dicta, cuando se conserva libre, y sólo cuando alguna pasión avivada la ofusca, cuando algún interés la perturba puede dictar otra cosa. La pasión, o el interés es la causa de las discordias y disensiones. Lo dice Dios, lo prueba Santo Tomás y lo debe confesar todo hombre, si observa bien y con humildad su miserable corazón, como debe hacerlo para no hallarse reo en la presencia de Dios de enormes culpas, donde preocupado juzgaba haber virtudes. Es efecto de la exaltación de una pasión creer culpas que no existen en sus hermanos, abultarlas, no sufrirlas como pide la caridad, y dar motivo a quejas, que origine discordia.

¿Qué amor más laudable que el de la patria? Pues ese mismo, si no se contiene dentro de los límites que Dios quiere, y la razón prescribe, puede hacer infractores de la ley de la caridad a muchos; bien sea hablando como no es debido, o bien faltando al caritativo sufrimiento que Dios manda, y resolviéndose a operaciones injustas y perjudiciales a todos. Una murmuración de los griegos contra los apóstoles por un imaginado desprecio, dio principio en el de la Iglesia a una discordia, que mereció el cuidado y aplicación de tan santos varones para extinguirla. Un celo injusto de nación, levantó entre los judíos una queja contra el príncipe de los apóstoles, por había bautizado al centurión Cornelio obedeciendo a Dios, que precisó al mismo apóstol a decirle: ¿quién soy yo para prohibir a Dios el que admita en su Iglesia también a los gentiles? Y no bastó, porque duros algunos en su infundada queja, suscitaron cuestiones que motivaron la congregación del primer concilio. De este modo el desarreglo de aquel laudable amor, iba a privar a la Iglesia de la hermosura y del honor que le resulta de la variedad de gentes que forman hermanadas su

admirable cuerpo.

Lo que dice Santo Tomás respecto de la Iglesia, es por igual razón cierto en toda sociedad, en todo cuerpo. Necesita para su conservación y firmeza dos uniones, a saber: la del cuerpo con la cabeza, y la de las partes del cuerpo entre sí mismas. Sin ésta última, aunque se preconice la primera, padece el cuerpo, y se debilita; con ella se vigoriza, y sale de las persecuciones exteriores con aumento más firme, más respetable. Perseguida por los tiranos la Iglesia, ha salido de la persecución más firme y más brillante; pero angustiada interiormente de cismas y divisiones, siempre ha perdido, se ha debilitado. Compatriotas, reflexionadlo, y veréis cuanto nos interesa la caridad y unión para nuestra firmeza y nuestro triunfo. Vengan enemigos de fuera aunque poderosos, de todos nos veremos libres con el favor de Dios si nos unimos, si todos dejan quejas, si todos tienen en poco, como debe ser, el bien particular por el común, si se perdonan, si se aman como les manda Dios, y la razón ilustrada les dicta; pero si no hay unión, si sigue la discordia, adiós España, adiós a América, adiós abundancia, adiós quietud, y tiemblo al ponerlo, tal vez adiós amada religión, adiós Iglesia.

No lo permita la bondad infinita, y vosotros disimulad ni modo de expresar hijo, de mis deseos y de mis ansias, y compañero de mis lágrimas. No me avergüenzo de confesarlas, porque si nuestro amabilísimo Jesús lloró a la vista de Jerusalén, considerando los males que la amenazaban, no es mucho que vuestro amante diputado llore, porque a todos os ve amenazados, Sí, a todos, porque aunque aparezca y se diga otra cosa, es trabajo para todos el efecto que produce la división, porque lo es la falta de orden, porque lo es la funesta impresión que deja para el desarreglo de las costumbres, porque lo es de todos el atraso de la población, el llanto del hijo, el desconsuelo de la viuda, la soledad de los pueblos, el resfrío para lo piadosa, la destrucción de los campos, y el camino que se abre al

enemigo de Dios de los hombres, en cuyos planes destructores estaba deseada esta discordia, como medio utilísimo para sus fines.

Por las entrañas de Jesucristo, os ruego con San Pablo, que no dejéis entrar en nuestra provincia la discordia, y que seáis perfectos en no querer, y en un pensar, que es el vínculo que conserva la unión entre los miembros, y con la cabeza, y será el origen de la felicidad. Trabajemos todos por la restitución de la paz y amor, por respeto a Dios que la manda, y por la razón que la dicta. No permita Dios que se diga algún día, que se consumó por discordia de este fidelísimo reino la desgracia de la España antigua, ni en ella la religión padezca por esta causa. Sólo por réprobo Esau pudo decir que esperaba los días de llanto de su padre para matar a su hermano. Nosotros debemos procurar el consuelo de nuestra madre, con el empeño de conservarnos mutuamente. Lejos de nosotros aún el nombre de la guerra, que sólo puede ser justa cuando necesaria, y lejos de nosotros el ruido de las armas, que sólo puede tener lugar cuando no hay más arbitrio.

No bastan hablillas o sospechas para formar partidos, porque si son fundadas, al súbdito sólo le corresponde mover con el debido aviso el celo y actividad del gobierno ilustrado, y si no lo fueren no deben entenderse, y así procurar disiparlas para quitar todo motivo de perturbación. Suele una proposición inconsiderada y dicha por efecto de calor, producir una sospecha que molesta aún siendo falso el objeto; más no por eso hemos de creer efectiva la injuria, y por eso David, decía a Dios: quítame, señor, el oprobio que he sospechado.

No hay motivo ni razón para no amarnos. La España antigua recibe de la nueva sus respetos y sus tesoros, y la nueva recibió de la antigua la religión y la enseñanza. El español antiguo logra en América abundancia, riqueza y su reproducción en compañía de una española, y el español nuevo recibe de la antigua artes, ilustración y otros bienes. Aún

siendo nuestras tierras mirada como colonias, se pusieron por los españoles antiguos más de doscientas veces mitras en las cabezas de su hijos los españoles americanos, sin negarles otras en la península. A otros muchísimos condecoraron con la toga en los tribunales, y a varios les confiaron los mandos superiores de las provincias. Esto consta que se hizo con las colonias, ¿qué debe esperarse se hará con unas partes integrantes de la monarquía? Ya están del todo francas las puertas para que los americanos pasen libremente los mares; ya son llamados a tratar con sus hermanos los europeos, y que entre todos se establezca con igualdad cuánto les interesa, y cuánto pide la felicidad de la monarquía. Procuremos que no se impida el logro de tanto bien, y no demos motivo de alegría al enemigo común, que con tantos conatos ha solicitado estorbarlo. Religión santa, conserva para tu gloria el amor mutuo. Ilustrada razón, haz de conocer a todos las infelices las consecuencias de la discordia.

FIN DEL TOMO TERCERO

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gisela Moncada González
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602